

Políticas queer y capitalismo:

Revoluciones moleculares en el Chile postdictatorial



Nombre: Gonzalo Salazar
Universidad: Universidad de Chile
Ciudad: Santiago
País: Chile
Correo: desterritorializado@gmail.com

Resumen:

El siguiente texto pretende reflexionar sobre las políticas queer y su relación con el capitalismo, con el objeto de analizar su materialización en el Chile postdictatorial. Para ello tomo la conceptualización que hace Deleuze y Guattari del capitalismo en tanto régimen de semiotización, visualizando cómo inscribe formaciones de poder que inciden en la construcción del cuerpo, el género y el deseo. Luego repaso la teoría queer en Foucault, Butler y Preciado, para establecer cómo estas dos últimas elaboran estrategias de subversión y reapropiación del género, a diferencia de Foucault, quien opta por la resistencia desde una estética de los placeres. Finalmente, indago en la puesta en práctica de políticas queer en el Chile postdictatorial, como procesos de emergencia cultural en un sentido williamsiano, y a su vez como revoluciones moleculares, llamadas a articularse con las luchas “clásicas” o molares.

Palabras claves:

Capitalismo; Políticas Queer; Producción Deseante; Género; Revolución Molecular.

Abstract:

The following paper analyzes how queer politics have been materialized in Chile after the dictatorship through the reflection upon the relationship between queer politics and capitalism. I use the concept of capitalism as defined by Deleuze and Guattari: capitalism as semiotization, revealing how formations of power influence the construction of bodies, gender and desire. Then I review queer theory in Foucault, Butler and Preciado, then I establish that the latter two elaborate subversive strategies and reappropriation of gender, unlike Foucault. He chooses to become the resistance from the standpoint of the aesthetics of pleasures. Lastly, I investigate the practice of queer politics in Chile after the dictatorship as processes of cultural emergence in a Williamsian sense. At the same time these processes can be viewed as molecular revolutions, which may be called to be articulated into “classic” or molar battles.

Keywords:

Capitalism; Queer Politics; Desiring-Production; Gender; Molecular Revolution.



Introducción

Dos cuestiones -que dicen relación con reflexiones académicas y las prácticas políticas que éstas puedan dibujar- me animan a la hora de escribir este ensayo. La primera se refiere a la necesidad de trazar ciertas líneas de tensión entre los cuestionamientos a la coherencia y continuidad de las categorías de sexo, género y deseo que conforman la identidad de la crítica postfeminista y queer contemporánea; y las proposiciones de Deleuze y Guattari sobre el funcionamiento del capitalismo, y la economía deseante inscrita por aquél. Digo necesidad porque considero que se ha vuelto un lugar común, dentro y fuera de la academia, denostar la política de género y sexualidad como un ejercicio “meramente cultural” al decir de Butler. Esta actitud refleja el dogmatismo de cierta ortodoxia de izquierda a ampliar el abanico posible de las luchas, manteniendo la desastrosa separación entre ámbito material y simbólico (Bourdieu, 2000), que se ha revelado insuficiente para articular alternativas políticas viables en el mundo contemporáneo (Agamben, 1998). La segunda cuestión se desprende de la primera: esbozadas las líneas de encuentro entre los procesos capitalistas, su gestión de las formaciones de poder y la inscripción de éste en la producción de cuerpos, géneros y deseos; quiero indagar en la puesta en práctica de las políticas queer en el Chile contemporáneo, y cómo éstas se inscriben en el registro de la revolución molecular, en tanto luchas por la emancipación del deseo. Deleuze y Guattari consideran que éstas contienen, en el contexto del capitalismo neoliberal mundializado, coeficientes de libertad irrecuperables por aquél, que en tanto logren articularse con las luchas “clásicas” políticas, económicas, sindicales; podrían poner en entredicho el funcionamiento del propio capitalismo.

Comienzo haciendo ciertas precisiones conceptuales en torno al modo en que Deleuze y Guattari conciben el funcionamiento del capitalismo. Este se constituye como un sistema general de semiotización¹ que inscribe diagramáticamente el campo social; reuniendo, evaluando y poniendo en equivalencia máquinas de distinta índole -sociales, materiales, libidinales- y sus formaciones de poder, a fin de extraerles plusvalor maquínico. En este proceso, el deseo es también semiotizado y colonizado por el capital, cuyas gestiones de poder dan forma al género y el cuerpo. No obstante, la producción deseante siempre es portadora de coeficientes de libertad que sobrepasan las capacidades de recuperación por parte del capitalismo, constituyendo las luchas contemporáneas del deseo designadas como revoluciones moleculares.

Posteriormente, entronco los albores de la formación del capitalismo, en el tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, con el proceso de construcción del dispositivo de sexualidad descrito por Foucault, viendo cómo la semiotización capitalista y la construcción de las sexualidades anormales son dos caras del mismo proceso. Luego rescato las elaboraciones de la teoría queer que pueden encontrarse en los últimos textos de Foucault, y que discípulos como Halperín, Bersani o Durán conceptualizan como una estética de los placeres. Esta conlleva una serie de prácticas que

1 Éste y otros conceptos, por razones de espacio, serán tratados en detalle en el siguiente apartado.



resisten a la normalización del deseo, pero siempre en el contexto de una cultura underground, desde donde no es posible rearticular las condiciones de enunciación, sino tan sólo resistir.

A continuación, esbozo la teoría queer desde Butler y Preciado, haciendo hincapié en la construcción discursiva del sexo y el género, viendo además cómo el cuerpo es producto de una serie de valorizaciones diferenciadas por parte del capital, lo que redundará en su genitalización y heterosexualización. Desde allí, elaboro sus distintas propuestas subversivas, en torno a la parodia y la resignificación del término queer, en Butler, y el llamado a la constitución de la multitud queer y la reapropiación de las tecnologías productoras del cuerpo, por parte de Preciado.

Finalmente, abordo la puesta en práctica de las políticas queer en el Chile postdictatorial, categoría que elaboro a partir de la importancia de la jibarización neoliberal desatada en nuestro país por la dictadura, cuyas consecuencias materiales y culturales lo conforman hasta el día de hoy. En este contexto, tomo de Williams la categoría de emergencia, para describir y situar el surgimiento de prácticas culturales queer como oposición al sistema dominante, que a su vez constituyen revoluciones moleculares que relocalizan lo queer en el espacio latinoamericano. En este sentido, creo poder hablar en propiedad del surgimiento de una cultura queer en Chile, anudando la concepción williamsiana de emergente, con la intuición butleriana de que no es posible salirse de las normas culturales, sino sólo desplazarlas y reinventarlas. Esta cultura queer está llamada a imbricarse en una alianza con las luchas políticas tradicionales, e infundirles coeficientes de deseo que hagan posible transformaciones radicales.

Producción capitalista y producción deseante

En este apartado, me interesa conceptualizar el capitalismo desde Deleuze y Guattari, en la medida que el sistema general de semiotización que éste pone en marcha sobre el conjunto del campo social, permite establecer sus inscripciones en la producción de deseo, la formación de la identidad y la construcción valorizada de la geografía corporal; es decir, la semiotización capitalista es uno de los ejes que permite comprender la producción del género, en tanto conjunto presuntamente homogéneo de un cuerpo y un deseo que debe funcionar en una dirección determinada, todo lo cual hace inteligible culturalmente a la persona mediante la concreción de una identidad (Butler, 2007).

En una de sus tantas aclaraciones sobre la naturaleza del capitalismo, Guattari lo define como un “modo de evaluación y medio técnico de control de los agenciamientos de potencia y de sus formaciones de poder correspondientes” (Guattari, 2004: 102). Por agenciamiento, entiendo la concatenación de componentes heterogéneos: biológicos, sociales, maquínicos, libidinales; cuya relación crea coeficientes de potencia maquínica. Esta interacción se hace posible mediante un sistema general de semiotización, que consiste en la inscripción y puesta en equivalencia de “bienes materiales y económicos, actividades humanas individuales y colectivas y procesos



técnicos industriales y científicos” (Guattari, 2004: 102). Dicha inscripción y puesta en equivalencia conlleva un movimiento de comparación, ordenación e informatización que hace posible la extracción de un único y mismo plusvalor maquínico, precisamente a partir de los coeficientes de potencia antes nombrados. La extracción se lleva a cabo mediante el encuentro de los distintos flujos con el capital-dinero, cuerpo sin órganos² del capitalismo.

Por semiotización, entiendo una semiótica a-significante que opera mediante cadenas sintagmáticas, capaces de incidir directamente sobre sus referentes, en una interacción diagramática o de inscripción. En esto se contraponen a las semiologías significantes basadas en la articulación de cadenas significantes y contenidos significados (como la lengua hablada o escrita); ejemplos de semiótica a-significante son la escritura musical, los corpus matemáticos, las sintaxis informáticas. En todas ellas -al igual que en el capitalismo- opera un diagramatismo según el cual los sistemas de signos trabajan directamente con las realidades a las que se refieren; el referente u objeto es producido por la semiótica misma, al contrario de los sistemas semiológicos, atrapados en la distancia y arbitrariedad insalvable entre significante y significado, representación y objeto representado. Según este sistema de semiotización, el capitalismo inscribe diagramáticamente el conjunto del campo social.

En este punto, quisiera aclarar el concepto de plusvalor maquínico. El capitalismo opera cada vez menos mediante la extracción de plusvalía según la fórmula marxista, en la que ésta era medida en términos del tiempo necesario para que el trabajador produjera la riqueza que el capitalista extraería. Si bien Marx señaló que en esta operación también era enajenada la propia vida del trabajador, en tanto ésta era traspasada al objeto de su trabajo (Marx, 2010), hoy en día asistimos a la pérdida de importancia del trabajo físico en sí mismo, y como contraparte, presenciamos toda una serie de agenciamientos maquínicos que tienen lugar en los procesos de producción capitalista. La producción debe entenderse en un sentido lato -producción económica, producción material, producción deseante- abarcando un conjunto de agenciamientos, por lo que el cuerpo, en tanto máquina corporal, entra en relación con una serie de otras máquinas -informáticas, tecnológicas, comerciales; pero también visuales y libidinales- en donde la extracción de plusvalor maquínico puede ser realizada en cualquier momento de la interacción, y no solamente en el ámbito del trabajo propiamente tal. De esta suerte, el capitalismo incita la proliferación de líneas de fuga -como por ejemplo, la reducción del tiempo de trabajo- para luego volver a atarlas en cualquier momento y lugar de la cadena sintagmática de la que forman parte -siguiendo con el ejemplo, a través del ocio brindado por los medios masivos de comunicación- concretándose así la extracción de plusvalía maquínica.

2 “Noción que Gilles Deleuze recoge de Antonin Artaud para indicar el grado cero de las intensidades” (Guattari, 2004: 137). Deleuze relaciona además el cuerpo sin órganos con una instancia de anti-producción, en el seno de la reproducción social. El dinero en sí mismo no produce nada, sin embargo, es el cuerpo sin órganos de la reproducción social capitalista, en la medida que sobre él chorrean todos los flujos descodificados.



También quiero hacer hincapié en que la semiotización capitalista conlleva siempre la detección, cuantificación, distribución y control de las valorizaciones de poder. Las formaciones concretas de poder siempre serán el producto de la interacción compleja de al menos tres tipos de agenciamiento: los procesos de producción maquínica, las estructuras de segmentariedad social y los sistemas de semiotización económica (Guattari, 2004: 107). En tanto considero haber expuesto ciertas líneas que permiten acercarse a los procesos de producción maquínica y los sistemas de semiotización económica, me detendré un instante en las estructuras de segmentariedad social. Estas se organizan en estratos sociales diferenciados, donde el poder se distribuye, cuantitativa y cualitativamente, de manera selectiva y heterogénea. Así es posible encontrar “axiomas de estratificación clánica, étnica, religiosa, urbanística, de castas, de clases, etc.” (Guattari, 2004: 109). Siempre habrá en las estructuras de segmentariedad, estratos sociales en condiciones de concentrar y ejercer mayor poder.

Los procesos de producción, las estructuras de segmentariedad y los sistemas de semiotización constituyen agenciamientos múltiples en sí mismos, que en su imbricación con los demás dan forma a operaciones específicas de poder. De esta manera, el capital consigue “no sólo sobrevivir, sino proliferar [...] El capital no es racional. Es hegemónico [...] antes que una operación de beneficio, es una operación de poder” (Guattari, 2004: 86)³. Para ponerlo en términos simples, el capital inscribe y valoriza el conjunto del campo social, determinando las concentraciones y distribuciones de poder en un contexto social, cultural, libidinal e histórico concreto, a fin de contribuir a su propia reproducción y ampliación mediante la extracción de plusvalor maquínico.

A través de estas líneas generales de análisis, es posible esbozar -de forma muy general- lo que podría ser su puesta en tensión con los procesos históricos concretos. Siguiendo a Guattari, si bien es posible encontrar “sistemas de capitalización de poderes” en las sociedades llamadas arcaicas - como por ejemplo, el capital de prestigio y los modos de semiotización que le son propios- sólo bajo el modo de producción capitalista “se ha automatizado un sistema general de semiotización de este proceso de capitalización” (Guattari, 2004: 75). Esto ha sucedido en base a dos movimientos simultáneos: primero, una desterritorialización de los modos locales de semiotización del poder; y segundo, una reterritorialización en un sistema general de inscripción y de cuantificación de dicho poder, bajo la hegemonía de la naciente burguesía de los Estados-nación.

Al hablar de territorio, entiendo “un sistema percibido en cuyo seno un sujeto se siente «en su casa». El territorio es sinónimo de apropiación, de subjetivación encerrada en sí misma” (Guattari, 2004: 139). En tanto sistema cerrado de subjetivación, el territorio siempre remite a un determinado código social, cultural, material, libidinal; las formaciones sociales precapitalistas funcionaron en base a códigos territorializados⁴. La desterritorialización, por ende, corresponde al

3 Las cursivas son mías.

4 Gilles Deleuze y Félix Guattari usan la noción de código en una acepción muy amplia; “puede concernir tanto a los sistemas semióticos como a los flujos sociales y los flujos materiales”. Mientras que la



movimiento de apertura de un territorio, cuando los códigos se abren y se descodifican, dando paso a líneas de fuga que pueden acabar completamente con el territorio, o bien reterritorializarse y recomponer, desplazado, otro territorio.

En relación con el capitalismo, éste se establece sobre lo que todos los regímenes de código intentaron conjurar con una sobrecodificación⁵: la descodificación de los flujos; siendo la única formación social que se constituyó como el negativo de todas las otras formaciones sociales anteriores. Deleuze usa el término flujo en un sentido lato, para designar un tipo de economía donde el chorreo de los flujos -sociales, materiales, libidinales- es inseparable de sus sistemas de corte, que caracteriza a las máquinas deseantes⁶.

Es en la Europa de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX donde hay que encontrar la génesis del capitalismo en tanto régimen social. Deleuze hace referencia al trabajador desterritorializado del campo, que migra a la ciudad y se encuentra con el capitalista desterritorializado, interesado en vender sus propiedades rurales e invertir en el sector industrial (Deleuze, 2005: 101). Dada la manifiesta relación de jerarquía y subordinación entre ellos, inscrita en los códigos sociales preexistentes, la relación que podían forjar no podía ser de igualdad contractual: era una relación de tipo diferencial. La relación diferencial implica dos flujos de potencia diferente; en el ejemplo, existe una relación diferencial entre el flujo de capital y el flujo de trabajo, lo que implica la extracción de plusvalía humana al trabajador por parte del capitalista. Esta plusvalía corresponde a la reterritorialización por parte del capital, de la desterritorialización previa en la que se encuentran trabajador y capitalista. Lo que acabo de describir es el mecanismo general de la axiomática capitalista, entendida como un sistema de relaciones diferenciales entre flujos descodificados.

En un mismo movimiento, la axiomática crea el espacio de captura-la desterritorialización de trabajador y capitalista- para llevar a cabo su tarea de recuperación- en la reterritorialización que

codificación acompaña los procesos de territorialización, la descodificación caracteriza los movimientos de desterritorialización.

5La sobrecodificación, “corresponde a una codificación de segundo grado. (Ejemplo: algunas sociedades agrarias primitivas, que funcionan conforme a su propio sistema de codificación territorializada, se ven sobrecodificadas por una estructura imperial, relativamente desterritorializada, que les impone su hegemonía militar, religiosa, fiscal, etc.)” (Guattari, 2004: 134).

6 En su glosario de esquizoanálisis, Guattari distingue “la máquina de la mecánica. La mecánica está relativamente encerrada en sí misma; sólo mantiene relaciones perfectamente codificadas con los flujos exteriores. Las máquinas, consideradas en sus evoluciones históricas, constituyen, por el contrario, un phylum comparable a los de las especies vivas. Se engendran unas a otras, se seleccionan, se eliminan y dan lugar a nuevas líneas de potencialidad. Las máquinas, en sentido lato, esto es, no sólo las máquinas técnicas sino también las máquinas teóricas, sociales, estéticas, etc., nunca funcionan de forma aislada, sino por agregado o por agenciamiento. Por ejemplo, una máquina técnica en una fábrica entra en interacción con una máquina social, con una máquina de formación, con una máquina de investigación, con una máquina comercial, etc.”



implica la extracción de plusvalía-. En este sentido, desterritorialización y axiomática son la misma operación, donde no existe “un programa definido de una vez por todas: siempre es posible, en el contexto de una crisis o de una dificultad imprevista, agregar axiomas funcionales suplementarios o sustraer otros” (Guattari, 2004: 75). La historia del capitalismo es una constante adaptación a las líneas de fuga incitadas por su propia naturaleza desterritorializada, moviéndose entre dos polos: “su polo de fuga y su polo de endurecimiento. Su polo de fuga consiste en la descodificación, en la desterritorialización completa de los flujos [...] pero al mismo tiempo hace un torniquete, realienando, volviendo a atar” (Deleuze, 2005: 148), mediante la adición o sustracción de axiomas. Éstos pueden ser de cercamiento, desterritorialización, multacentralización o segmentariedad. Cada vez que distintas líneas de fuga amenazan con un agenciamiento colectivo que podría acabar en la destrucción del capital, éste reacciona incorporando la desterritorialización en ciernes y haciéndola pasar por el capital-dinero, su cuerpo sin órganos, convirtiéndola en una mercancía que le permita continuar extrayendo plusvalor maquínico.

Habida cuenta de la revisión anterior, la producción capitalista y la producción deseante parecen compartir su inscripción al interior de un régimen semiótico. Para Deleuze y Guattari, “el deseo no está asociado a la representación. Con independencia de las relaciones subjetivas e intersubjetivas, ocupa sin más una posición que le permite producir sus objetos y los modos de subjetivación que les corresponden” (Guattari, 2004: 135)⁷. Ambos registros operan mediante sintagmas a-significantes que rompen con las cadenas impuestas por la separación entre significativo y significado, palabra y cosa. No obstante, la semiotización capitalista involucra, además, reunir registros heterogéneos -materiales, sociales, libidinales- darles equivalencia y extraerles plusvalor maquínico. En este sentido, el capital inscribe y coloniza el deseo, asignándole un determinado valor, según la operación maquínica y posterior extracción de plusvalor. Al mismo tiempo, los sujetos experimentan una adhesión inconsciente al capitalismo, que sabotea permanentemente los agenciamientos colectivos de enunciación revolucionaria. No obstante, los autores manifiestan gran confianza en las posibilidades subversivas del deseo, en la medida que su inscripción en las líneas de desterritorialización del capital conlleva a su vez la continua desterritorialización del deseo, lo que puede desembocar en su axiomatización o bien en su multiplicación e incorporación en el registro de la revolución molecular; nombre que Deleuze y Guattari asignan a las luchas contemporáneas por las libertades, en contraposición a las luchas molares de interés: sociales, económicas, sindicales. En el registro de las políticas (post)identitarias, adquiere gran importancia el deseo concebido como flujo semiótico: “los flujos de deseo proceden mediante afectos y devenires, con independencia del hecho de que puedan o no ser rebajados a personas, imágenes, identificaciones. De esta suerte, un individuo, antropológicamente etiquetado como masculino, puede estar atravesado por devenires múltiples y aparentemente contradictorios: un devenir femenino que coexiste con un devenir niño, un devenir animal, un devenir invisible, etc.” (Guattari, 2004: 133). En el apartado sobre la puesta en

⁷ Las cursivas son mías.



práctica de las políticas queer en Chile, me extenderé sobre las implicancias del deseo en el agenciamiento de revoluciones moleculares dentro del registro de lo queer, además de reflexionar sobre una necesaria alianza con las luchas molares.

En tanto mecanismo de valorización, el capitalismo regula las formaciones de poder que articulan, hoy en día, la producción de cuerpos normales e identidades de género estables. No pretendo decir que el capitalismo produce sin más el género, el cuerpo y el deseo, sino dar cuenta de cómo sus mecanismos inscriben estas construcciones. Es evidente que ellas superan largamente la vida del propio capital, no obstante, en la medida que éste gestiona agenciamientos maquínicos que involucran y valorizan cierta estética corporal y determinados estereotipos de género, mercantilizándolos -es decir, axiomatizándolos con el fin de extraerles plusvalor maquínico- considero que una labor deconstructiva del género cuestiona, en sí misma, los modos de operación capitalistas descritos a lo largo de este apartado. Las operaciones del capital concentran y ejercen poder, el poder modela cuerpos y géneros, las políticas queer en tanto agenciamientos maquínicos de deseo deben, por tanto, subvertir las operaciones de semiotización del capital y cuestionar las formaciones de poder construidas por él.

Michel Foucault: una estética queer de los placeres

Correlativamente al surgimiento del capitalismo, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, ocurrió una serie de procesos también nuevos, relacionados a la aparición de categorías y clasificaciones en torno al deseo y la sexualidad de los individuos, de subjetivación, normalización y disciplinamiento, junto con la formación de una serie de instituciones -prisiones, hospitales psiquiátricos- alrededor de la consolidación de los Estados modernos; ampliamente analizados por Foucault a lo largo de toda su obra (Foucault, 1998, 2004, 2008). Este conjunto de procesos, categorizables en el concepto de modernidad, se inscriben también al interior de las relaciones capitalistas: el traspaso de una sociedad de soberanía -donde importa gravar la producción más que organizarla, decidir la muerte más que administrar la vida- a una sociedad disciplinaria -en la que, por el contrario, la producción se organiza en torno a grandes centros de encierro y comienza todo un despliegue de nuevas disciplinas orientadas a administrar la vida (Deleuze, 1996); es el correlato en el campo social de la axiomatización capitalista. Foucault agudamente concibió el poder en términos de economía, en tanto pudo apreciar su circulación y concentración en determinadas áreas y ciertas instituciones; lo que se condice con el movimiento de evaluación y gestión de las formaciones de poder por parte de la semiotización capitalista.

Si bien estas transformaciones comenzaron en Europa en el siglo XVIII, no es sino a fines del siglo XIX que en Latinoamérica se dejaron sentir sus efectos: es entonces cuando en nuestras sociedades "los procedimientos de poder y saber [...] toman en cuenta los procesos de la vida y emprenden la tarea de controlarlos y modificarlos" (Foucault, 2008: 134). Es el inicio del biopoder, u organización de la vida -en el sentido de zoe, la vida biológica, y no de bios, la vida en comunidad, que hasta entonces había ocupado a la política (Agamben, 1998) por y para el poder,



proceso en el que el sexo juega un papel fundamental, en tanto se encuentra “en el cruce de dos ejes, a lo largo de los cuales se desarrolló toda la tecnología política de la vida” (Foucault, 2008: 137-138). El sexo es el punto de acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. En torno a él se elaboraron tanto las disciplinas orientadas a manejar el cuerpo como las políticas encaminadas a administrar y asegurar la sobrevivencia -o muerte- de poblaciones enteras (Foucault, 2008: 138). El sexo es también, para Foucault, una construcción artificial al interior del dispositivo de sexualidad, su consecuencia, y al mismo tiempo factor que hace posible su proliferación: “la noción de sexo permitió agrupar en una unidad artificial elementos anatómicos, funciones biológicas, conductas, sensaciones, placeres, y permitió el funcionamiento como principio causal de esa misma unidad ficticia; como principio causal, pero también como sentido omnipresente, secreto a descubrir en todas partes.” (Foucault, 2008: 147). Es así como desde los albores de la modernidad no han dejado de proliferar una serie de discursos en torno al sexo -demográfico, biológico, médico, psiquiátrico, psicológico, moral, pedagógico, político- que, como aspecto de la vida, debe ser administrado, controlado y normalizado: “A través de tantos discursos [...] se definió una norma de desarrollo de la sexualidad desde la infancia hasta la vejez y se caracterizó con cuidado todos los posibles desvíos” (Foucault, 2008: 38). La diseminación de dichos discursos, si bien se dirigió a establecer mayores controles sobre la práctica sexual, también redundó en la difusión de una serie de sexualidades marginales, en tanto las nombró y les dio forma: locura moral, neurosis genital, aberración del sentido genésico, degeneración, desequilibrio psíquico (Foucault, 2008: 42). En este sentido, “el siglo XIX y el nuestro [siglo XX] fueron más bien la edad de la multiplicación: una dispersión de las sexualidades, un refuerzo de sus formas diversas, una implantación múltiple de las ‘perversiones’. Nuestra época ha sido iniciadora de heterogeneidades sexuales” (Foucault, 2008: 39).

La diseminación de sexualidades periféricas es a la vez efecto e instrumento del poder: éste se extiende ordenando y clasificando, con lo que incentiva la multiplicación tanto de las sexualidades como de sí mismo: “[...] proliferación de las sexualidades por la extensión del poder; aumento del poder al que cada una de las sexualidades regionales ofrece una superficie de intervención [...] poder y placer no se anulan [...] se encadenan según mecanismos complejos y positivos de excitación y de incitación.” (Foucault, 2008: 50). El sexo se erige así como uno de los principales mecanismos a través de los que el poder constituye subjetividades, al interior del dispositivo de sexualidad y en medio de procesos de administración y control de la vida, que caracterizan a la modernidad europea, y, más tardíamente, la modernidad periférica latinoamericana.

Como señalé anteriormente, todo este entramado de discursos normalizadores e incitadores a la vez, responde a relocalizaciones de poder en el marco de la desterritorialización y reterritorialización capitalista. De la figura del sodomita, presente en el derecho europeo hasta el siglo XIX, se pasa a la del homosexual o invertido. El cambio no fue sólo en términos significantes: simbolizó el traslado de lo que era una simple práctica -la sodomía- a la cristalización en una identidad: el homosexual. La desterritorialización de la sodomía fue reterritorializada -y recuperada por el capital- a través del invertido, en el mismo movimiento de des-judicialización de la práctica y medicalización de la categoría identitaria. Este proceso visibiliza la concentración



de poder que hizo de la medicina una de las principales instituciones de regulación y control de la vida. Además, la aparición de referentes identitarios, se entiende sólo al interior de las nuevas concepciones de individuo y sujeto. Ambos desplazamientos, corresponden a relocalizaciones de poder al interior de la axiomatización capitalista, cuyos mecanismos concatenan sin más máquinas deseantes con máquinas científicas, máquinas punitivas o máquinas judiciales. La relocalización siempre obedece a operaciones de control por parte del capital, en el mismo sentido que Foucault caracteriza a la economía del poder moderna: cómo hacer sus inscripciones más eficientes y totalizadoras al mismo tiempo que sutiles e infinitesimales.

Ahora bien, con respecto al doble proceso de normalización e incitación propuesto por Foucault, Butler establece que:

La mayor parte de las veces la posibilidad de subversión o resistencia aparece en su obra: a) en el curso de una subjetivación que desborda los fines normalizadores que la activan, por ejemplo, en el 'contradiscurso inverso', o b) por la convergencia con otros regímenes discursivos, cuando una complejidad discursiva involuntaria socava los fines teleológicos de la normalización. La resistencia es presentada, por tanto, como efecto del poder, como una parte del poder, como su autosubversión. (Butler, 2001: 104-105)

En efecto, en la obra de Foucault existe un marcado desequilibrio entre la inconmensurabilidad de los mecanismos de control y normalización, por una parte; y las pequeñas resistencias cotidianas, por otra. Somos producidos por el poder y sólo en la medida que estamos hechos de él podemos ser subversivos. Ésta parece ser también una de las líneas rectoras en los trabajos de dos de sus discípulos, Bersani y Halperín. Como señala el segundo citando a Foucault, "el objetivo de una política opositora no es por lo tanto la liberación sino la resistencia" (Halperín, 2004: 54). Y Durán, acerca de Foucault, expone que "revisiónistas de su obra como David Halperin, Didier Eribon y Leo Bersani, han elaborado las políticas queer como resistencia ante la normalización del deseo" (Durán, 2005: 1); políticas que se centran ante todo en el legado foucaultiano, y que tienen como uno de sus nodos articuladores la constitución de un "sistema relacional de afectividades en la cultura gay" (Durán, 2005: 4) Dicho sistema se sustenta en una cultura basada en la "economía de placeres", que contrarresta y se opone a la normalización del deseo, con la constitución de espacios resignificados donde se pongan en práctica y exploren nuevos placeres, desgenitalizando los cuerpos -dado que el heterosexismo se naturaliza en gran parte reduciendo la sexualidad a la diferencia anatómica, y principalmente, genital- y reordenando las geografías del placer. Las identidades así transitan libremente escapando al ordenamiento sistémico, basándose en prácticas afectivas como el sadomasoquismo o las conexiones virtuales, y no en direcciones binarias del deseo -homosexual/heterosexual-. En opinión de Foucault, Halperín,



Bersani y Durán, dicha forma de vida se enuncia a sí misma y socava los mecanismos normalizadores en la medida que provoca y subvierte; por lo que no es necesario salir del clóset y convocar a la acción política colectiva, que en su fervor identitario lleva a la guetización y a la interpelación al Estado, en demanda de integración en cuestiones de derechos civiles.

Esta versión de la teoría queer es tributaria del concepto de resistencia foucaultiano esbozado más arriba, que desemboca en la reclusión en microespacios resignificados y moleculares, pero políticamente ineficaces, porque “¿qué conclusiones podemos extraer de una resistencia que únicamente puede socavar, que parece no tener ningún poder para rearticular las condiciones por las cuales se constituyen los sujetos y el sometimiento se instala en su misma formación?” (Butler, 2001: 101).

Judith Butler: por una política queer material

Para Butler, la sexualidad se construye al interior de relaciones de poder encarnadas mediante el discurso. Éstas determinan leyes de inteligibilidad cultural de las que es imposible escapar, por lo que toda subversión de la sexualidad normativa debe plantearse al interior de dichas relaciones de poder. De ahí que cuestione los planteamientos de Irigaray (1978) y Wittig (1977), por considerar que sus proyectos hacen referencia a una realidad “anterior” al discurso. La autora señala enfáticamente que pretender acceder a una sexualidad más allá del poder y el discurso es cultural y políticamente imposible, además de postergar “la tarea concreta y contemporánea de proponer alternativas subversivas de la sexualidad y la identidad dentro de los términos del poder en sí [...] esta labor crítica [...] proporciona la posibilidad de una repetición de la ley que no sea su refuerzo, sino su desplazamiento” (Butler, 2007: 94). El discurso, organizado como repetición, entrega al mismo tiempo las herramientas de su subversión, al permitir su autodesplazamiento mediante la operación de la diferencia (Derrida, 1989). Esto es posible si el género es desesencializado y considerado una actividad en constante transformación, proyecto impuesto pero a su vez imposible de cumplir, práctica discursiva constante cuya esencialización es producto de su misma repetición. Su cristalización en una identidad, emerge a partir del tabú contra la homosexualidad primero y el tabú contra el incesto después, prohibiciones que actúan a modo de rejillas que definen lo culturalmente inteligible, sobre la base de una heterosexualidad idealizada y obligatoria (Butler, 2007: 265). El género sería así el producto de una serie de “actos, gestos y deseo [que] crean el efecto de un núcleo interno o sustancia, pero lo hacen en la superficie del cuerpo [...] dichos actos, gestos y realizaciones [...] son performativos en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son invenciones fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos” (Butler, 2007: 256). La performatividad de las prácticas discursivas de género se inscriben en la superficie corporal, pero al mismo tiempo producen el efecto de una sustancia o esencia interior que sería su supuesta causa. El discurso produce y a la vez esconde su papel en la producción del género.



En este sentido, el cuerpo es entendido ya no como la “base material” sobre la que el género vendría a inscribirse, sino como “un límite variable, una superficie cuya permeabilidad está políticamente regulada, una práctica significativa dentro de un campo cultural en el que hay una jerarquía de géneros y heterosexualidad obligatoria” (Butler, 2007: 271). El cuerpo concebido como límite entre un adentro y un afuera, permite aprehender su permeabilidad como un cierto intercambio políticamente permitido, más allá del cual el cuerpo debería permanecer impermeable. El ejercicio de prácticas sexuales que abren superficies y orificios a nuevas significaciones eróticas, recircunscriben el cuerpo en nuevas líneas culturales que desplazan el límite entre permeabilidad e impermeabilidad, deconstruyendo el cuerpo mismo. El sexo anal entre hombres o las prácticas sadomasoquistas serían ejemplos concretos de ello. De esto se desprende que las “partes sexuales” como el pene, la vagina o los senos, responden a una restricción de las zonas erógenas a dichas partes, dividiendo y organizando el cuerpo como una verdadera geografía; por lo que “en realidad, la «unidad» que la categoría de sexo exige al cuerpo es una desunidad, una división y compartimentación, así como una reducción de la erotogeneidad” (Butler, 2007: 230). Para Butler y la teoría queer después de ella, el sexo es una construcción discursiva que desde siempre fue género.

La principal estrategia de subversión de género propuesta por Butler reside en la parodic performance, o actuación paródica del género, que en su intento por repetir “lo original”, como en el ilustrativo ejemplo del travestismo, “muestra que esto no es sino una parodia de la idea de lo natural y lo original” (Butler, 2007: 95). La subversión también se hace posible mediante la inversión de términos degradantes, como “marica” [queer], a través de la repetición progresista de un uso reaccionario “con el fin de llevar a cabo una reterritorialización subversiva” (Butler, 2001: 113); reterritorialización que recupera la producción de deseo con fines emancipatorios. La inversión de conceptos como queer sólo es posible gracias a que las normas de género heterosexistas proponen un determinado modelo de comportamiento y constitución de sujeto, al que los cuerpos intentan aproximarse mediante categorías como hombre o mujer. Pero dicha aproximación jamás es total, siempre quedan huecos y fisuras entre el modelo propuesto por las normas y nuestra configuración de género. De ahí que sea posible, a través de dichas fisuras, subvertir las disposiciones heteronormativas, como es el caso de la resignificación del término queer: “La resignificación de las normas es, pues, una función de su propia ineficacia y, por ello, la cuestión de la subversión, aprovechar la debilidad de la norma, se convierte en una ocasión para apropiarse de las prácticas de su rearticulación” (Butler, 2002: 73).

No obstante lo anterior, y debido a su cualidad de discurso, el significante queer cumple una función que es sólo temporalmente subversiva, porque “de la misma forma que las metáforas pierden su carácter metafórico a medida que, con el paso del tiempo, se consolidan como conceptos, las prácticas subversivas corren siempre el riesgo de convertirse en clichés adormecedores a base de repetirlos y, sobre todo, al repetirlos en una cultura en la que todo se considera mercancía, y en la que la «subversión» tiene un valor de mercado” (Butler, 2007: 26).



Butler enuncia así los límites del término queer, la inevitabilidad de su transformación en concepto estático con el paso del tiempo, junto con las posibilidades ciertas de su mercantilización, pues en su cultura -tanto como en la nuestra- todo pasa por el capital-dinero. La autora rematerializa así una categoría acusada de “meramente cultural” desde cierto marxismo ortodoxo, siendo considerada “fragmentadora, identitaria y particularista” (Butler, 2000: 109). Sin embargo, “la acusación de que los nuevos movimientos sociales son «meramente culturales» y que un marxismo unitario y progresista debe retornar a un materialismo basado en un análisis objetivo de clase presume en sí misma que la diferencia entre la vida material y cultural es algo estable” (Butler, 2000: 112); lo que no sería sino un anacronismo teórico, utilizado por parte de la ortodoxia de izquierda con el fin de marginar a determinadas formas de activismo político, entre ellas, las prácticas queer, consideradas “el extremo cultural de la politización” (Butler, 2000: 114). En respuesta a esta ortodoxia, Butler se pregunta: “¿por qué un movimiento interesado en criticar y transformar los modos en los que la sexualidad es regulada socialmente no puede ser entendido como central para el funcionamiento de la economía política?” (Butler, 2000:115). La reproducción y la institución familiar están inexorablemente intrincadas con las relaciones de producción en tanto las hacen posibles, como ya señaló Engels, pero aun “la producción misma del género debía ser entendida como parte de la 'producción de los propios seres humanos' conforme a las reglas que reproducían la familia heterosexual normativa” (Butler, 2000: 116), en busca de modelos sociales que fueran útiles al capital. De esta forma, género y sexualidad forman parte de la vida material no sólo por su imbricación con la reproducción social y sexual del trabajo, sino también -y sobre todo- porque el género normativo es indispensable para la constitución de la familia normativa, al interior de la matriz heterosexual⁸ del deseo.

La falta de reconocimiento cultural para las sexualidades no normativas deviene en opresión material “cuando la misma definición de «persona» legal está rigurosamente constreñida por las normas culturales que son indisociables de sus efectos materiales” (Butler, 2000: 117). La marginación de las sexualidades disidentes de la institución familiar y/o de la condición de ciudadanía, tiene de esta forma claras consecuencias materiales en la administración de la propiedad y otros derechos legales; la homofobia se vuelve así fundamental para entender el funcionamiento de la economía política, mediante la exclusión de ciertas sexualidades -homosexualidad, bisexualidad, transexualidad, que se convierten en aberrantes sólo en tanto representan una amenaza a dicho funcionamiento: economía y reproducción están íntimamente ligadas en la reproducción de la heterosexualidad.

8 Una posible aproximación a este concepto, sería concebirlo como “una matriz que abarca todo deseo que los individuos de cualquier sexo o género sienten por las mujeres sosteniendo que tiene su raíz en una posición heterosexual masculina. La libido-como-masculina es el origen de donde presuntamente procede toda posible sexualidad” (Butler, 2007: 131).



Beatriz Preciado y la reconversión de las tecnologías (capitalistas) de género

Por último, quisiera introducir algunas nociones que creo fundamentales sobre la formulación de la teoría queer en Beatriz Preciado. Perteneciente a una generación posterior a la de Butler, en términos de políticas queer su propuesta reelabora la identidad como lugar de acción política. Propone una proliferación de diferencias, o lo que es lo mismo, “una multitud de cuerpos: cuerpos transgéneros, hombres sin pene, bolleras lobo, ciborgs, femmes butchs, maricas lesbianas... La «multitud sexual» aparece como el sujeto posible de la política queer” (Preciado, 2003: 1). Estas identidades son en todo momento móviles y estratégicas, en tanto resisten a la normalización y a la división de los órganos corporales por parte del capital, que organiza toda una geografía corporal asignando funciones unívocas a cada parte del cuerpo. Porque “toda sexualidad implica siempre una territorialización precisa de la boca, de la vagina, del ano” (Preciado, 2003: 3). En este sentido, coincide con Deleuze y Guattari al visualizar cómo los modos de semiotización capitalista asignan valor a determinadas partes del cuerpo -un valor social a la mano, un valor alimentario a la boca, un valor sexual a senos, vagina y pene- construyéndolo como geografía, en una operación precisa de inscripción de poder. De este modo, el pensamiento heterocentrado y la producción capitalista aseguran el vínculo entre la producción de la identidad de género y la producción de ciertos órganos como órganos sexuales y reproductores. En palabras de Preciado: “Capitalismo sexual y sexo del capitalismo” (Preciado, 2003: 3). En su insistencia en el papel del capitalismo en la producción de sexualidades y géneros contemporáneos, plantea que un objetivo de la multitud queer es desterritorializar tanto el espacio corporal como urbano, por lo que es necesario irrumpir en el espacio público, en medio del imperio de los normales y decirles que no son mayoría, que quienes no se ajustan a la norma y se consideran a sí mismos queer devienen fuerza mayoritaria.

Preciado no habla sólo de resistencia a la normalización, sino que propone la reconversión de las tecnologías productoras de cuerpos normales y heterosexuales -como la medicina y la pornografía. En este sentido, esboza “nociones distintas en las que a través de esa noción de tecnología, yo hablo de dispositivos, no sólo ya de resistencia, sino de producción de nuevas identidades que transforman una tecnología de control y dominación en algo que tu podrías llamar tecnología de liberación, si quieres” (Preciado, 2004: 4). La lucha contra la construcción prostética de los sexos es también así lucha contra la sexopolítica capitalista, mediante la reconversión de las tecnologías de producción corporal y el uso de identidades estratégicas.

Cultura queer en el Chile postdictatorial: evoluciones moleculares y procesos de emergencia

En tanto chilenos/as situados/as en la primera década del siglo XXI, habitamos un período tensa e intensamente marcado por las consecuencias de una dictadura sangrienta, cuyo nefasto legado económico, político y cultural la ha trascendido largamente. So pena de nimias “correcciones” diagramadas por los gobiernos concertacionistas, tanto del modelo económico como del marco jurídico y la política cultural, las “devastadoras hazañas en el Chile de Pinochet de



los Chicago Boys de Milton Friedman” (Guattari, 2004: 105-106) continúan determinando gran parte de nuestra experiencia cotidiana: seguimos viviendo en un país profunda y desastrosamente atravesado por las transformaciones operadas durante la dictadura militar. De ahí que reelabore la categoría de Kemy Oyarzún -recordando que toda apropiación es siempre reelaboración- de postdictadura o período postdictatorial (Oyarzún, 2010: 74), para aprehender el período comprendido entre el traspaso del poder político a la Concertación, a principios de los años noventa, y la actualidad.

El Chile postdictatorial, de la mano de un neoliberalismo que triunfa y prolifera, ha experimentado el desarrollo y masificación del consumo, con la consecuentre reorganización de la producción maquínica dando lugar a nuevos agenciamientos: máquinas sociales, culturales y estéticas entran en relación e interactúan con máquinas informáticas, comerciales y publicitarias. Esto quiere decir que las prácticas sociales, los modos de subjetivación y la producción cultural han entrado velozmente, aproximadamente desde los años ochenta, en la órbita del capitalismo neoliberal, cuya penetración en el ámbito de la cultura es mucho más agresiva de lo que había sido nunca antes en la historia, pudiendo hablarse en propiedad de cierta colonización de segmentos de la cultura -antes con cierto grado de autonomía- por parte del capitalismo avanzado. Raymond Williams expone hábil y pedagógicamente este proceso, según su estilo: “En el capitalismo avanzado, debido a los cambios producidos en el carácter social del trabajo, en el carácter social de las comunicaciones y en el carácter social de la toma de decisiones, la cultura dominante va mucho más allá de lo que ha ido nunca en la sociedad capitalista y en las áreas hasta el momento «reservadas» o «cedidas» de la experiencia, la práctica y el significado” (Williams, 1980: 148).

Entre los segmentos de la producción cultural propiamente capitalista, referida al consumo y al ocio -cierto periodismo, programas de televisión, publicidad asociada a ambos- el despliegue de modernos y sofisticados diseños, montajes y puestas en escena, orientados hacia la incitación erótica mediante la sexualización vulgarizada del cuerpo femenino, convive, paradójicamente, con “las predominantes imágenes desublimadas del melodrama ilustrado, junto a la moralina victoriana sostenida por las retóricas fundamentalistas de los discursos eclesiásticos y muchos de los 'cuerpos centrales' de periódicos y revistas” (Oyarzún, 2005: 113). A medio camino entre la modernización consumista neoliberal, con su despliegue parafernático y sexualizador, y los lastres de una trasnochada matriz cultural católica, con su correspondiente hipocresía sexofóbica, Chile parece encontrarse en medio de un proceso de modernización conservadora (Oyarzún, 2000).

La modernización conservadora constituye a su vez una línea objetiva de desterritorialización del sistema (Guattari, 2004: 53), porque la mutación neoliberal del capital durante los últimos veinte años, implicó el despliegue de líneas de desterritorialización que invadieron la esfera cultural y libidinal, reprogramaron las instituciones -sociales y estatales, reorientaron la economía hacia el sector servicios y crearon mecanismos de subcontratación que asegurasen la máxima eficiencia. Por supuesto, todo este proceso comenzó con las primeras medidas de la dictadura, que hicieron de Chile el laboratorio del neoliberalismo (o tercer estadio del capitalismo, después de su etapa liberal clásica y keynesiana, respectivamente), en un momento de crisis del modelo de



acumulación fordista desencadenado durante los años setenta. De este ejemplo, como de mi revisión anterior de Deleuze y Guattari, puede desprenderse que las líneas de desterritorialización no se refieren únicamente a procesos económicos. Es importante recordar que la producción capitalista incorpora procesos que lo mismo engloban tanto “fuerzas materiales, trabajo humano y relaciones sociales como catexis de deseo” (Guattari, 2004: 100). Efectivamente, la desterritorialización propia de la máquina capitalista tiene que ver con la esencia del deseo humano. El sentido de esta aclaración se relaciona con la distinción que hace Guattari entre las luchas de interés, económicas, sociales, sindicales en el sentido clásico; y las luchas relativas a las libertades -incluidas las de deseo- agrupadas en el registro de revolución molecular⁹. Al respecto, señala: “Lo característico de lo 'molecular' es el hecho de que las líneas de fuga convergen con las líneas objetivas de desterritorialización del sistema, creando una aspiración irreversible a nuevos espacios de libertad” (Guattari, 2004: 52-53)¹⁰. Si las líneas de fuga convergen con las líneas de desterritorialización y son parte de un mismo movimiento, es porque efectivamente el capitalismo funciona sobre la constante innovación: forma parte de su naturaleza descodificar los flujos, generando un espacio de captura cada vez más amplio, para luego volver a atarlos en su empresa de recuperación, agregando o quitando axiomas. Las nuevas luchas (post)identitarias, y las políticas queer entre ellas, que Guattari inscribe en el registro de lo molecular, forman parte de ese movimiento de desterritorialización generalizada, que paradójicamente contiene nuevos coeficientes de libertad irrecuperables para el capitalismo, teniendo como escenario necesario una modernización conservadora, al interior de un país y un continente periféricos. Digo necesario porque es el movimiento de desterritorialización capitalista el que incita la producción deseante más acá y más allá de su capacidad de axiomatización. Por un lado, Guattari habla de la fijación libidinal que ata a los individuos al sistema capitalista y sus distintas cristalizaciones de poder. Si el capitalismo se mantiene “se debe a que la inmensa mayoría de los individuos no solo participa en él, sino que se adhiere inconscientemente al mismo” (Guattari, 2004: 53). De esto se desprende que las luchas “clásicas” de interés, mencionadas más arriba, en sí mismas se vuelven insuficientes a la hora de elaborar estrategias efectivas de subversión, debido a que no tocan la articulación de deseo y capital. Por otro lado, las revoluciones moleculares echan a andar la economía deseante, incentivando, junto a las líneas maquínicas de desterritorialización, cierta proliferación de placeres entre los que Guattari distingue los placeres vacíos, meros “rictus de autosatisfacción” (Guattari, 2004: 31) que en un determinado momento se detienen y son axiomatizados; y aquéllos que siguen proliferando, con lo que “el goce del deseo maquínico se hace fuerza productiva [...] el espacio del deseo se desborda por doquier” (Guattari, 2004: 31). El desborde del deseo, convertido en flujo descodificado, es el devenir revolucionario por excelencia. La energía deseante que rebasa los axiomas y propone placeres que van más allá de lo

9 Entiendo por molecular un modo de organización de flujos de deseo, estratos o agenciamientos, opuesto al modo de organización molar. “El orden molar corresponde a las estratificaciones que delimitan objetos, sujetos, las representaciones y sus sistemas de referencia. El orden molecular, por el contrario, es el de los flujos, los devenires, las transiciones de fase, las intensidades” (Guattari, 2004: 137).

10Las cursivas son mías.



inteligible, es el potencial revolucionario que las políticas queer están llamadas a articular en el contexto latinoamericano y chileno.

A mediados de los años ochenta, Guattari escribió: “en países como los de América Latina, por ejemplo, puede que este tipo de formación [molar] tenga todavía que cumplir una función importante. Aunque también allí los problemas relativos a la revolución molecular se plantearán, sin duda, con una agudeza cada vez mayor” (Guattari, 2004: 70). En mi opinión, si bien puede que haya estado en lo cierto en su momento, la postdictadura chilena no es lo mismo que el período dictatorial, a secas. En veinte años, el capitalismo neoliberal, en su movimiento desterritorializante, ha penetrado en Chile quizá tanto como en Brasil o México, poniendo en marcha un doble movimiento: una expansión geográfica que una vez que ocupa todo el territorio, se encierra sobre sí misma; y una expansión y proliferación molecular.

En este denso espacio compuesto de flujos económicos, sociales, libidinales, emergen los primeros agenciamientos queer en torno al año 2000, como parte del mismo movimiento de desterritorialización maquínica del capital y hecho posible por él, pero a su vez sobrepasándolo y evitando ser recuperado por su axiomática, agenciando flujos de deseo inasimilables. A este respecto, es importante volver sobre el punto de la colonización capitalista de ciertos segmentos del ámbito cultural, señalado más arriba, porque siendo “el área de penetración efectiva del orden dominante dentro de la totalidad del proceso social y cultural [...] significativamente más amplia, [se] hace especialmente agudo el problema de la emergencia” (Williams, 1980:148)¹¹. Retomo aquí los planteamientos de Williams en torno a las prácticas culturales residuales, dominantes y emergentes, expuestas en su obra *Marxismo y Literatura*. Los medios de masas propios del capitalismo avanzado han creado nuevos espacios culturales de centralización y difusión de la información, no solamente con un claro sentido mercantil, sino sobretodo dando lugar a procesos selectivos de distribución. En efecto, el modo de intervención del capitalismo contemporáneo “implica un reforzamiento constante del control reticular de los medios de comunicación de masas” (Guattari, 2004: 45), cuya muestra más evidente y patética sucede en Chile en estos mismos instantes, intensificándose con el arribo de la derecha al poder y dando lugar a un verdadero cerco comunicacional, pero anunciándose desde largo tiempo atrás.

Frente a esta situación, cobran especial relevancia las prácticas culturales emergentes, en su articulación de nuevas prácticas, significados y valores. Lo emergente, de acuerdo a Williams, sólo se produce en directa relación con las prácticas culturales dominantes en un contexto sociohistórico particular y contingente. Sus fuentes pueden ser dos: “la clase y el área social (humana) excluida” (Williams, 1980: 149), donde “área social humana excluida” hace referencia directa a las percepciones y prácticas culturales nuevas del mundo material, una de cuyas expresiones contemporáneas son las políticas queer. La emergencia de lo queer en Chile, se entiende a la vez como agenciamiento de deseo inscrito en el registro de la revolución molecular, y como articulación emergente de nuevas prácticas culturales. Lo emergente, para Williams,

¹¹ Las cursivas son mías.



siempre dice relación con una situación de oposición al orden dominante, que desde el espacio cultural conforma nuevos puntos de resistencia.

En este momento cabe preguntarse: ¿qué clase de prácticas políticas queer existen en Chile? ¿Desde cuándo funcionan? ¿Cómo implementan estrategias subversivas en el contexto local? Intentaré responder a estas preguntas desde mi propio punto de vista queer, habiendo habitado espacios privilegiados de observación durante los últimos años, y teniendo relaciones de solidaridad y afecto con varios/as activistas. No obstante, y por razones de espacio, mi examen no pretende ser exhaustivo, sino más bien proponer un esbozo general de los recientes agenciamientos queer en Chile, algunos trazos de su historia -no tan reciente- y sobre todo, dar cuenta de sus prácticas políticas y cómo éstas se insertan en el contexto del capitalismo neoliberal contemporáneo.

Antes de repasar ciertos agenciamientos queer contemporáneos, quisiera volver a la lectura que Durán hace de Foucault y su estética queer de los placeres, porque desde allí es posible acercarse a la subcultura queer del Chile de la segunda mitad del siglo XX. Tomando de referencia lugares como cines, parques, baños públicos, quintas de recreo y, actualmente, salas de Internet, propone que éstos eran habitados “desde una orilla alternativa de los placeres” (Durán, 2005: 6), porque las prácticas homoeróticas no respondían a una identidad gay cristalizada -lo que sólo comenzó a aparecer en Chile en el tránsito de los años ochenta a los noventa- sino a una ética de camaradería y placeres furtivos constituida a partir de prácticas clandestinas y anónimas, conceptualizadas como underground. Así por ejemplo, “los cines de ambiente, al constituirse desde los cimientos del poder pero fuera del discurso hegemónico, no confiere una identidad determinada al deseo de quienes transitan por el. En ellos se reúne una variada gama de masculinidades que no pueden ser clasificadas ni como hegemónicas ni como homosexuales, sino únicamente queer” (Durán, 2005: 7). El autor concluye que el sistema relacional afectivo, propuesto por Foucault al final de su vida, se había conformado en Chile antes de la aparición de los movimientos políticos gay: en la “cultura de ambiente”, que los autodenominados “homos”, habían establecido, y que constituía una geografía de la homoerótica más dinámica y fluida que la actual. “Hoy los parques de ligue han sido desplazados por los lugares del deseo gay como las discotecas, pub y saunas. Por lo que se puede señalar que las geografías del placer homoerótico han transitado desde un deseo disperso y heterogéneo a uno monolítico y unitario, atrapándonos en ghettos de vigilancias” (Durán, 2005: 8); en consecuencia, sería necesario rescatar y resignificar estos antiguos espacios y dar cabida nuevamente a la ética de la camaradería y los placeres propuesta por Foucault, como única vía de escape y resistencia a la normalización del deseo.

Como ya señalé anteriormente, dicha ética me parece desmovilizadora y políticamente insuficiente. No obstante, valoro el rescate que hace Durán de estos fragmentos perdidos en la historia de las prácticas homoeróticas chilenas, sobre todo si convincentemente las localiza dentro del espacio de lo queer. Estos placeres y deseos heterogéneos y divergentes acabaron cristalizando en la formación de la identidad gay y lesbica a comienzos de la postdictadura; la



puesta en marcha de políticas queer en la actualidad, a fin de deconstruir dichas identidades, encuentra así un asidero en el rescate de cierta memoria histórica perdida, elaborado por Durán.

En el plano contemporáneo, la primera agrupación queer chilena es la CUDS (Coordinadora Universitaria por la Disidencia Sexual), fundada el 5 de mayo de 2002, cuyo nombre original fue Coordinadora Universitaria por la Diversidad Sexual¹². Esta emergió como una escisión de un grupo de jóvenes aglutinados en el Comité por la Diversidad Sexual, vinculado al Partido Comunista, que decidieron instalar un referente LGBTQ en el espacio universitario chileno, por esos días, inexistente. Si bien comenzaron su trabajo al interior de la mismísima Universidad Católica, rápidamente migraron a la Universidad de Chile, que ha sido su centro de operaciones desde entonces. Cuentan además entre sus colaboradores a jóvenes de otras universidades. Entre sus objetivos, expuestos en su página, están “Instalar y/o destacar por ejecutar formas de hacer política distintas a las formas tradicionales y que no reproduzcan los estereotipos de la victimización LGBT. Se promoverá la experimentación en acciones de ciberactivismo, performance, el uso de la parodia, la ironía, etc”¹³.

En el contexto de la actual apropiación capitalista de los medios tecnológicos de distribución de información, una (re)apropiación subversiva de dichos medios es el activismo difundido a través de tecnologías de profundas potencialidades democráticas, como internet. La red constituye el soporte virtual no sólo de las páginas web de la CUDS y otros grupos, sino también el canal preferido de difusión de actividades, videos con performances, noticias, artículos y producción artística queer.

A continuación, y por razones de espacio, quiero concentrarme en la parodia y la performance callejera realizada por la CUDS durante la marcha por la diversidad sexual 2010, principalmente porque constituye un buen ejemplo de re-localización de lo queer en el espacio latinoamericano. Si bien la CUDS organiza siempre lúdicas performances para el evento de mayor visibilidad de los movimientos LGBTQ¹⁴ durante todo el año, este 2010 se insertó en el contexto particular del bullado bicentenario y el arribo de la derecha a la Moneda. De ahí que decidieran reunirse en el acto de convocatoria de la marcha y decolorarse el cabello ahí mismo, en pleno Parque Bustamante de Santiago, para ir lavándose en sucesivas paradas durante el desfile, con el fin de quedar burdamente rubias y mostrar cómo la estética femenina de la derecha -esa santa rubiedad- es de un racismo absurdo al querer aplacar la historia mestiza de los/las chilenos/as. De ahí que la pancarta principal de la CUDS rezara: “Rubias por el bicentenario”. A continuación, una breve descripción de la parodic performance en palabras de la CUDS, tomada desde su página web: “El cabello-rubio-teñido como fragmento del cuerpo otro, una multitud de cuerpos

12 Las referencias siguientes están tomadas de la página de la CUDS www.disidenciasexual.cl y de entrevistas con algunos/as de sus militantes.

13 Véase www.disidenciasexual.cl/cuds/. Las cursivas son mías.

14 Lesbianas, Gays, Bisexuales, Transexuales, Queer: la gama de las sexualidades periféricas.



decolorando sus cabellos mientras marchan, restando lo natural, aquí y allá, en Santiago de Chile y otras ciudades. Estas rubias exhibirán cómo la estética de feminización de la derecha se impone intentando desplazar lo mestizo del cuerpo femenino, nuestra rareza y pobreza se acentúa con nuestros falsos cabellos”. La performance paródica combina no sólo los planteamientos butlerianos de deconstrucción de la identidad, sino también la política callejera de Preciado, porque las rubias por el bicentenario conforman una multitud queer. Lo raro hace referencia no sólo a la producción de la coherencia normativa entre sexo/género/deseo, sino también a los ejes de clase y raza. La rubia que no puede serlo no sólo es marica o tortillera, sino que también es pobre e india. Las políticas queer chilenas logran así resituar lo queer en las coordenadas de lo mestizo y lo latinoamericano, no para esencializarlo, sino para historizarlo e incorporarlo a las especificidades de la construcción latinoamericana y periférica de la identidad.

Este es sólo un remitido ejemplo de una parodic performance específica. Muchos otros proliferan por la web¹⁵, además de otras prácticas queer, más bien en la línea de la reconfiguración de la geografía corporal de Preciado, que ha dado lugar a la proliferación de performances y talleres de postpornografía¹⁶, donde se resignifica la práctica pornográfica, pasando del falocentrismo y la genitalización heterosexista que caracteriza la pornografía tradicional, a la (des)multiplicación de los cuerpos, los sexos y las zonas productoras/receptoras de placer en la postpornografía. Otras prácticas se relacionan al terrorismo sexual¹⁷, o la exploración queer de la homoerótica y el cuerpo masculinos desde el ámbito artístico¹⁸.

Este conjunto de prácticas heterogéneas, discontinuas, cuyas resistencias se disponen en red, constituyen también prácticas culturales que significan y desplazan, diagramando lo que llamaré una cultura queer. Esta funciona de manera doble: por un lado, volviendo sobre Williams y la producción cultural emergente, designa la relación de oposición de las articulaciones queer con el continuum simbólico-material dominante, como prácticas culturales emergentes en el más pleno sentido williamsiano; por otro lado, en vista de que el género y la sexualidad se construyen culturalmente al interior de relaciones de poder, y que pretender una sexualidad “«antes», «fuera» o «más allá» del poder es una imposibilidad cultural y un deseo políticamente impracticable” (Butler, 2007: 94), las alternativas de subversión de la sexualidad y la identidad siempre deberán construirse al interior de dichas relaciones de poder. Como es imposible salirse de la cultura y las relaciones de poder que crean sus patrones de inteligibilidad, las normas de inteligibilidad cultural deben ser repetidas y desplazadas, por una cultura queer que vuelve

15 Véase www.mundoparalelotv.cl/segunda.html, donde puede verse al ícono queer Hija de Perra en plena performance.

16 Véase subporno.blogspot.com.

17 Durante el mes de agosto, Chile contó con la visita de la pornoterrorista, poeta y académica argentina Leonor Silvestri, invitada por la colectiva TransTortillera Paila Marina. Véase www.pailamarinacolectiva.blogspot.com.

18 Véase www.garcons.cl y www.yessr.cl.



innecesaria la necesaria relación unívoca y coherente entre sexo, género y deseo. La cultura queer no reproduce la Ley Simbólica, el uso del término “cultura” constituye una reapropiación estratégica que no apela a las normas de inteligibilidad cultural de la matriz heterosexual, sino que las repite y desplaza renunciando a la configuración de un todo coherente; configurando una red de coeficientes libidinales liberados.

Por último, conceptualizadas las prácticas queer como emergentes y moleculares a la vez, quisiera volver sobre el asunto específicamente político de las luchas moleculares y sus posibilidades de confluencia con las luchas globales molares, problema planteado de entrada por Guattari. Complejizando el análisis marxista, el autor estima que la explotación, en las condiciones actuales del capitalismo, ha dejado de ser un mero asunto de tiempo cuantificable. Es necesario incorporar una serie de variables cualitativas que dicen relación con la articulación de varias máquinas -corporales, tecnológicas- en secuencias maquinicas específicas. Así por ejemplo, asignar un trabajador a un puesto productivo no tiene qué ver sólo con “su capacidad de proporcionar un cierto tiempo de trabajo, sino el tipo de secuencia maquinica que va a introducir en el proceso de producción” (Guattari, 2004: 59). En consecuencia, apunta el autor, “las reivindicaciones sindicales que apuntan a la disminución del tiempo de trabajo pueden volverse perfectamente compatibles con el proyecto de integración del capitalismo; y no sólo compatibles; sino que incluso pueden ser auspiciadas, para que el trabajador pueda dedicarse a actividades financieramente improductivas, pero económicamente recuperables” (Guattari, 2004: 59). La concatenación maquinica hace posible recuperar ese tiempo liberado en cualquier tipo de espacio social; las luchas “clásicas”, económicas, sociales, sindicales, se enfrentan con los recursos infinitos del capital en el registro de la producción, articulada con toda clase de instituciones. Las luchas molares parecen entonces condenadas al fracaso, pero es entonces cuando Guattari plantea: “¿Debe la revolución molecular establecer alianzas con fuerzas sociales del ámbito molar (global)?” (Guattari, 2004: 68). Efectivamente, los axiomas del capitalismo -de cercamiento, desterritorialización, multacentralización, segmentariedad- si bien pueden bloquear de manera relativamente fácil las luchas molares, jamás conseguirán acabar con la proliferación de deseo de los distintos grupos sociales. Esto sucede porque las revoluciones moleculares -y las políticas queer entre ellas- no sólo tienen qué ver con -para tomar prestado un término foucaultiano- la micropolítica en sí, sino también, y sobre todo, con la producción de coeficientes de deseo irrecuperables por los axiomas del capital. El deseo en tanto flujo sobrepasa y desborda largamente cualquier mecanismo de recuperación capitalista, de ahí que el meollo de la cuestión sea articular este registro de agenciamientos, explícitamente revolucionarios, con las luchas de interés sociales y políticas: “esta es la cuestión esencial” (Guattari, 2004: 69). Sólo una imbricación del exceso maquinico de las revoluciones moleculares con luchas sociales y políticas contingentes, podrá generar transformaciones sociales y económicas a gran escala.



Conclusiones: entre política y cultura

Comencé hablando del capitalismo no como una estructura cerrada y compartimentada, sino como una gran máquina desterritorializada que semiotiza el conjunto del campo social y logra anudar agenciamientos maquínicos de muy distinto orden, reorganizando las relaciones de poder en su interior y recuperando, en un movimiento de reterritorialización, la plusvalía maquínica que le permite reproducirse. En este doble movimiento de desterritorialización/reterritorialización, el deseo es inscrito por el capital; no obstante, siempre será portador de un coeficiente de desterritorialización mayor. En el plano de las políticas queer, en Chile encontramos ejemplos concretos de aplicación de la economía de placeres foucaultiana, la parodia butleriana o la multitud queer de Preciado; mi interés ha sido analizar cómo estas se corresponden con dichos movimientos de desterritorialización del deseo, poniendo en marcha revoluciones moleculares y procesos de emergencia cultural que redundan en la conformación de una cultura queer, emergente y desplazada a la vez. En este escenario, es importante interrogarse sobre las efectivas posibilidades transformadoras de estas prácticas culturales, enfrentadas quizá al binarismo de propender hacia la política militante en su sentido clásico -lo que podría ser una mala interpretación de los llamados de Guattari a establecer alianzas con las luchas molares- o bien hacia un estilo de vida institucionalizado y cooptado por la mercantilización capitalista, posibilidad advertida por Preciado (2004) y Žižek (2008: 68). En mi opinión, el camino a seguir debiera ser precisamente evitar estas dos alternativas y articular un entre las luchas molares y una cultura desterritorializada y en red. Es necesario continuar los agenciamientos colectivos de irrupción en el espacio público, de gestión de talleres, de performances callejeras; evitando al mismo tiempo su cristalización y reinventándose permanentemente. Asimismo, podrían establecerse redes con otros (nuevos) movimientos sociales que impliquen agenciamientos colectivos de deseo, como el feminismo y las recientes luchas del pueblo mapuche, llamadas en el futuro a alcanzar cada vez mayor notoriedad. En la construcción de esta red debieran intercalarse demandas radicales, de cuestionamiento al neoEstado policial en que nos ha sumido el gobierno tecnócrata-populista-fascista actual, a la extensión y proliferación sin ambages del neoliberalismo en todos los planos de la vida, a las instituciones que sustentan a ambas formaciones, entre muchas otras.

Si bien vivimos un período de franca reacción y reflujo revolucionario, y de extensión del mercado en todas las esferas, siempre es necesario dar espacio a la incertidumbre y el azar. Con respecto a las marginalidades y sus coeficientes de potencia, Guattari estima que es imposible trazar:

[...] una línea de demarcación entre la marginalidad recuperable [por el capital] y los otros tipos de marginalidad, aquellos que prefiguran el camino de verdaderas revoluciones moleculares. Las fronteras entre ambos tipos de marginalidad son fluctuantes en el espacio y en el tiempo. Todo consiste en saber si se trata, en última



instancia, de un fenómeno que se mantendrá «al borde» del socius -con independencia de su amplitud- o que lo pondrá radicalmente en tela de juicio. (Guattari, 2004: 136)

En este sentido, cabe apelar a aquello que siempre tienen de impredecible los procesos históricos. Nada permite prever si efectivamente los agenciamientos queer continuarán en el borde del socius, o implementarán alianzas en red, que alcanzarán visibilidad en el terreno político y cuestionarán el sistema capitalista desde sus cimientos. Pero es de esperar que así sea.



Referencias

Libros y artículos

Agamben, G. (1998) Homo Sacer. Valencia: Pre-textos.

Bourdieu, P. (2000) La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.

Butler, J. (2007) El género en disputa. Paidós: Barcelona.

Butler, J. (2002) Críticamente subversiva. En Mérida, R. (ed.), Sexualidades transgresoras. Barcelona: Icaria.

Butler, J. (2001) Mecanismos psíquicos del poder. Valencia: Cátedra.

Butler, J. (2000) El marxismo y lo meramente cultural. En New Left Review. N° 2 mayo-junio: 109-121.

deleuze, G. (2005) Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia. Buenos Aires: Cactus.

Deleuze, G. (1996) Conversaciones. Valencia: Pre-textos.

Derrida, J. (1989) La différance. En Márgenes de la filosofía, Madrid: Cátedra.

Durán, M. (2005) Michel Foucault y su política queer de los placeres. Una mirada a las geografías del deseo homoerótico en Chile [documento en línea]. En Cyber Humanitatis Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile N° 35, disponible en formato .html en http://www.cyberhumanitatis.uchile.cl/CDA/texto_sub_simple2/0,1257,PRID%253D16159%2526SCID%253D16161%2526ISID%253D576,00.html.

Foucault, M. (2008) Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (2004) Vigilar y castigar. Buenos Aires: Siglo XXI.

Foucault, M. (1998) Historia de la locura. México: F.C.E.

Guattari, F. (2004) Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares. Madrid: Traficantes de Sueños.

Halperín, D. (2004) San Foucault. Anagrama: Ediciones Literales.

Irigaray, L. (1978) Speculum. Espéculo de la otra mujer. Madrid: Saltés.

Marx, K. (2010) Manuscritos económicos y filosóficos de 1844 [documento en línea]. En www.marxist.org.



Oyarzún, K. (2010) Michelle Bachelet o los imbunches de la política postdictatorial. En Alessandra Burotto y Carmen Torres (eds.) Y votamos por ella: Michelle Bachelet: miradas feministas: 73-94. Santiago de Chile: Fundación Instituto de la Mujer.

Oyarzún, K. (2005) Tráficos de la teoría: apuntes sobre sujeto, identidad y sexualidad. En Quartim de Moraes, Maria Lygia (organizadora), Gênero nas fronteiras do Sul: 111-142. Pagu/Núcleo de Estudos de Genero – Unicamp.

Oyarzún, K. (2000) La familia como ideograma: género, globalización y cultura en Chile. Revista Chilena de Humanidades, Universidad de Chile, N° 20: 115-146, Marzo.

Preciado, B. (2004) Conversaciones en torno a la Teoría Queer [documento en línea]. En www.caosmosis.acracia.net.

Preciado, B. (2003) Multitudes queer. Notas para una política de los 'anormales' [documento en línea]. En www.caosmosis.acracia.net. Original en francés en Revista Multitudes, N° 12 , París.

Williams, R. (1980) Marxismo y Literatura. Barcelona: Península.

Wittig, M. (1977) El cuerpo lesbiano. Valencia: Pre-Textos.

Zizek, S. (2008) En defensa de la intolerancia. Madrid: Sequitur.

Páginas de internet

www.mundoparalelotv.cl/segunda.html

www.subporno.blogspot.com

www.pailamarinacolectiva.blogspot.com

www.fundykes.cl

www.garcons.cl

www.yessr.cl